

Alexandre Jollien

El oficio de ser hombre

Prólogo de Michel Onfray

Traducción de Manuel Serrat

Octaedro 

> I. De un alegre combate

La existencia procede de la lucha, demasiado lo sé.

En la esquina de la calle, el autobús se perfila. Cae la noche. Beso por última vez a mis padres. Las puertas eléctricas me devoran ya. Cada vez pienso que me arrancan para siempre de mi familia. Viene luego el olor tranquilizante de los asientos, la moqueta áspera y seca, el estrecho pasillo, los nauseabundos ceniceros. Rápidamente, elijo un lugar junto a la ventana para consagrar los últimos minutos a llenarme el espíritu de imágenes, las de mis padres. Nada existe ya salvo estos dos rostros.

Nada puede oponerse a la partida, lo sé. Por lo demás, el autobús nunca tarda en arrancar. ¡Deprisa, siempre demasiado deprisa! Un muchachito sigue mirando a sus padres. Daría cualquier cosa para que el cristal se rompiera, para que se detuviera el vehículo de su desgracia. Ya solo forman un punto que se desvanece en la lejanía, allá abajo.

El niño piensa en su suerte. Pase aún lo de ser un tullido, ¿pero por qué le privan de sus padres?

No lo comprende. Recuerda con fuerza los acontecimientos que, domingo tras domingo, recomienzan como un ceremonial: primero quedarse en la cama hasta tarde, entre el padre y la madre, atento a sus sencillas palabras. Los cuentos de hadas nacidos de su imaginación tienen la misión de llevar su espíritu muy lejos, lo más lejos posible de ese día maldito. Más tarde, por la mañana, observo los graciosos movimientos de mamá. Se atarea finamente en la cocina. Estamos juntos... Disfrutando la vida familiar, me siento casi feliz al saborear, por algún tiempo, discretos encantos, sencillas alegrías, todo lo que va a faltarme durante la semana.

El estofado, incluso cocinado por mamá, exige una penosa masticación. En esa rumiación percibo el símbolo de la jornada que lleva ineluctablemente a la separación. Cada instante con mamá lleva indefectiblemente el sello de una ausencia muy próxima. Interminable, la espera amenaza cada minuto y pesa. Con los ojos clavados en el reloj, paso la tarde soportando la vanidad del presentador de televisión, triste augurio insensible. Y luego, las insípidas y estériles series, *La escuela de los fans*, minutos y minutos amasados con descorazonada espera. Cuando dan las seis de la tarde, el coche familiar abandona la amada casa para dirigirse a la ciudad y a su estación. El padre bromea para que nos relajemos, en vano. Ante el enorme edificio, familias, afectadas también por la disminución, aguardan el autobús que se encarga de llevarnos al internado. Se des-

granar los segundos, lentos y dolorosos. Pero en mi recuerdo, sin embargo, parecen siempre demasiado cortos cuando la espera llega a su fin.

Entonces, cuando estalla junto a mí el alegre balbuceo de un amigo, soy violentamente arrancado de la ensoñación. Preguntan si todo va bien. Con un nudo en la garganta, me veo obligado a abandonar el contacto del helado cristal. Pronto, las miradas de unos y otros se cruzan: esos rostros luminosos me acogen. Todos intentan conjurar la pena, todos comparten la extraña condición: el enano sonrío con toda su boca, el mudo monta un gran jaleo. Solo el paralítico sigue mirando aún el punto que forman los suyos.

No, no soy el único que comparte ese destino. El nudo en la garganta se deshace, se reanudan las complicidades. La otra vida, la de verdad, recupera por la fuerza sus derechos. He aquí lo que dicta el precoz encuentro con el aislamiento y la soledad: es preciso que eso sirva. ¡Al combate! Debo aprovechar la vida, encontrar la alegría, de lo contrario estoy perdido. ¿Pero cómo, cómo?



Muy pronto ya, la existencia se anunció como un combate. Los primeros años de mi vida los consagré a la educación de la bestia, a la adaptación de un cuerpo reticente. La larga serie de sus disfunciones exigía mil esfuerzos, había que emplear cuerpo

y alma, afrontar los falsos movimientos, dominar los espasmos, evitar las caídas, aguardar el mañana sano más que salvo. A menudo, lo irremediable ganaba terreno, a menudo parecía aniquilar el presente. Cada mañana recomenzaba el combate, las estrategias se aguzaban. La resignación hostil, obstáculo temible y reconocido, quedaba prohibida. Ninguna astucia, ningún esfuerzo podían ahorrarse. Lejos de entristecerme, esta lucha entregada me proporciona, sin tregua y de modo inesperado, una alegría auténtica que, como siempre, recuperé junto a los compañeros que me rodeaban. Sosteniendo la moral de ese singular grupo, el júbilo iba a coronar y a transformar en triunfo cualquier progreso, cualquier éxito, aun el más insignificante.

Lo que enseña la etología, el tullido lo experimenta constantemente: los seres orgánicos están obligados, para sobrevivir, a combatir sin cesar contra su estado. Deformes, enanos, cojos, terapeutas, paralíticos, este es el medio en el que tenía que luchar y progresar. Curiosa paradoja: muy a menudo, las situaciones más precarias disponen a la lucha. Impidiendo la pasividad, incitan al desafío. Uno puede perfectamente resignarse a un dedo cortado, a cierto ceceo, a las orejas despegadas o, incluso, a los pies planos. Pero para algunos que, bajando la guardia, se condenarían a una existencia marginal, a la muerte incluso, es peligroso abandonarse.

Primero, mantenerse de pie, ¡la literatura después!

Por mi parte, la perspectiva de caminar recto da alas. Sin motivo, es cierto, el combate parece vano y el esfuerzo desprovisto de utilidad. Quien guerrea con las mil pruebas del día, quien tensa totalmente su voluntad para efectuar el más anodino gesto cotidiano, apenas entrevé el aspecto liberador de la cultura. Lo que a algunos les parece pereza se debe, muy a menudo, a la ignorancia y a la desesperación. El inevitable Maslow¹ afirma que «cada individuo aspira a satisfacer distintos tipos de necesidades, de las más primarias —las necesidades fisiológicas (hambre, sed, sueño, etc.)— a las más esenciales, la realización de uno mismo. Las necesidades superiores solo pueden aparecer si las necesidades inferiores están ya satisfechas». Para el completo ignorante que era yo, la escuela parecía proceder de un irrisorio lujo. ¿Cómo, relegados al rango de trabajo forzado, la lectura y el cálculo podían aportar la menor ayuda a un aprendiz de bípedo que multiplicaba los esfuerzos solo para mantener un precario equilibrio? La marcha o el dominio del tenedor dejaban atrás, y con mucho, el silabario y la aritmética elemental.

1. Abraham Maslow, *El hombre autorrealizado: hacia una psicología del ser*, Kairós, 1998.

En mis esfuerzos, me sentía acompañado. Una breve mirada a un vecino me indicaba que la lucha no solo se extendía a todos mis compañeros, sino a todo el género humano.

Ahora bien, la vida junto a los demás pronto exigió un nuevo combate: vivir en común. El patio del recreo ofrecía un extraño espectáculo al recién llegado. Con casco (para evitar la conmoción), deambulaba yo entre cojos, zigzagueaba a pesar del sentido común entre las sillas de ruedas, intentaba entenderme con la sorda. El desaprovechado carácter de esas abolladas existencias se impuso, al final. A través de las ramas de los árboles, me arriesgaba a veces a presentir el otro mundo, la ciudad, los curiosos, los demás... Bajo el casco, mil interrogantes, en los labios una sola frase, vacilante: ¿por qué?

La incomprensión obliga a utilizarlo todo para escapar de la absurda crueldad del momento y ofrecerle una franca resistencia.

Así, con estas palabras en los labios, regresaba, solo, a mi patio. Entre juegos, expulsaba la tristeza. La compañía acabó por ayudarme. El apoyo incondicional, las muestras de afecto que recibía me incitaron entonces a dar también yo, pero esa «filantropía» principiante se situaba, sin excluirla por ello, más allá de cualquier moral. Un espíritu apesadumbrado solo verá en este vínculo la expresión de una alianza generada, ante todo, por la adversidad. De acuerdo, ¿pero impide eso que una auténtica amistad se injerte en ella y que la supere? En medio de los

gritos, los llantos y las carcajadas, aprendí la vana y estéril crueldad del egoísmo, la sencilla dulzura del gesto consolador. Ante una suerte poco clemente, la unión suplanta la lucha.



Seguido por muchas lecturas, un encuentro me enseñó el insospechado valor de un nuevo combate. Cerca de la pensión vivía entre libros un hombre de edad, el consiliario del internado. Oponía a su precaria salud una alegría soberana que ejerció en mí una curiosidad hecha primero de incomprensión, pero amasada muy pronto con admiración. Por primera vez tomaba conciencia de que el espíritu (o el alma, como se quiera) merece cierta atención. Adolescente, descubrí junto al anciano los encantos de la filosofía, las delicias de las *cosas del espíritu*. Desde entonces, dos hombres velaron a menudo a la luz de una estudiosa lámpara. Las discusiones eran vivas, se aguzaban los argumentos. Me armaba para la vida. Los ojos ya gastados abrían los del muchacho, los oídos que el ultraje del tiempo había tapado escuchaban sin complacencia los confusos rumores de un corazón henchido de incomprensión. Le contaba los dieciséis años de institución, mi angustia, la extraña sensación de pertenecer a otro mundo, a un mundo rico, apasionante por supuesto, pero difícil para el ser privado de aquellos a quienes amaba. El padre llenaba meticulosamente su pipa mientras el

tullido seguía hablando, del internado, de los compañeros. En plena noche, en el cuchitril, yo aprendía a existir.

¿Y qué decir de los fulgores encendidos por aquel pensador discretamente ilustrado en un individuo preocupado sin medida por las exigencias de un cuerpo con mil averías...? En el ocaso de su vida, el sacerdote legaba su herencia, en plena admiración ante un cuerpo duro y tierno a la vez y ante un espíritu obscurecido por la prueba pero cuyas fuerzas sentía crecer. El hombre de mejillas hundidas, de dientes amarillentos, que muy pronto iba a morir, trabajaba conscientemente en el nacimiento de un proyecto del que lo ignoraba todo. La construcción del espíritu, esa sería en adelante la gran tarea, la tierra prometida. Había que encontrar el camino. Me consagraría a ello con voracidad.

Presentí que el nuevo estado, tan deseado, permitiría echar una mirada sorprendida a la realidad y salvar la piel de un prisionero de las trabas cotidianas. La lucha iniciada antaño contra la disfunción del cuerpo invadía el terreno tortuoso del pensamiento. Los ejercicios de pronunciación, los estiramientos musculares hallaban su prolongación en la delicada búsqueda de una identidad, en la elaboración de una personalidad. Ante la extrañeza de mi condición, tenía que pertrecharme. ¡Esa era la única evidencia en mi camino!

Más tarde, leyendo a Nietzsche, descubrí la misma sed, el mismo deseo. El filósofo que invita

a la eterna superación de uno mismo me instruyó: para salvar mi piel, cada paso debe inventarse. Ponerme en marcha, eso es lo que exige la insostenible precariedad de mi ser.

Creo que esta tensión actúa en más de uno. Boris Cyrulnik confiesa haber estudiado psiquiatría para «arreglar cuentas». Tras haber presenciado la deportación de sus padres hacia un campo de concentración, del que escapó por los pelos, pone su talento al servicio del hombre. El médico etólogo se apresura a añadir que se trata de un noble motivo. Cita a Pierre Feyereisen:² «Los niños, las mujeres, los extranjeros, los negros, todos los que han tenido que sufrir por los demás se convierten con frecuencia en mejores observadores que aquellos cuya personalidad se desarrolla sin ese esfuerzo de atención». En su diario hedonista, Michel Onfray³ emplea la misma expresión para ilustrar su vocación literaria. Enumera ilustres nombres que encuentran en su arte un medio para escapar a los antiguos demonios. Las adversidades encontradas constituyen así el terreno en el que se construirá la existencia. Sin culpabilizar a quienes solo difícilmente lo logran, limitémonos a referirnos a esas biografías que recuerdan que nunca nada está «perdido».

Fortalecido por ese nuevo proyecto, comencé pues a transformar la omnipresente precariedad de

2. Boris Cyrulnik, *Les Nourritures affectives*, Odile Jacob, 2000.

3. Michel Onfray, *El deseo de ser un volcán*, Perfil, 1999.

mi estado en una fuente, un agujón. La debilidad, esa fiel compañera, tomaba una nueva dimensión. En suma, intentaba asumirla: el mundo llevaría la marca de mi fragilidad, todo me lo señalaba. Pero una vez establecida esta curiosa observación, su azarosa conquista podía comenzar... con libertad y alegría.

Quien desde su nacimiento se codea con el sufrimiento o el dolor, inicia la existencia provisto de un realismo benefactor. En definitiva, avisado demasiado pronto de que la vida va inexorablemente acompañada de las penas, se sume con menos facilidad en el desaliento y, saboreando la necesidad del combate, reconoce y desbarata con más facilidad la crueldad de su adversario.

Recuerdo así la angustia que se apoderó de mí cuando, desamparados, mis padres no tuvieron más remedio que dejarme en el internado, entre niños afectados también por la minusvalía. La dulzura que se leía en sus rostros acentuaba, por contraste, la crueldad del momento. Por lo que a sus sonrisas se refiere, aumentaban más aún mi malestar. Instantes de una intensidad vertiginosa, en los que las entrañas parecen consumirse, las sienas estallar. El tiempo se inmoviliza, los puntos de referencia se derrumban, el universo se vacía... Luego, reaparece la calma. Una mirada intercambiada, una voz amiga reconstruyen lo que había sido enterrado. La sonrisa que vuelve entonces a los labios, vacilante, cercana al sollozo, recuerda que la lucha prosigue, que todos

nos hemos embarcado, que cualquier alto sería fatal. Entre la espada y la pared, busco el medio de edificar un estado de ánimo capaz de salvarme la vida.

En un frío pasillo del internado, bajo la impersonal violencia de un fluorescente, experimenté por primera vez la obligación absoluta de dar sentido a cada experiencia. Cada uno de los seres que me rodeaban me ayudaría a afrontar la abrupta necesidad de la lucha. Durante toda mi vida —lo comprendí muy bien— trabajaría en construir sobre el dolor, sobre el vacío, sobre la amenaza sumergida, la alegría.



Lejos de mí, el deseo de dominarlo todo, ¡me privaría de lo esencial! Ese deseo totalizador se debe, por lo demás, a la utopía, a un banal reflejo de salvaguarda. Pero puedo, al menos, prepararme. ¿Cómo? Tal vez observando a los seres heridos que comparten mi suerte. El esgrimista que brinca hacia su adversario efectuando algunas fintas parece encarnar la pura gracia, la pura gratuidad. Y sin embargo, cuántas horas consagradas al entrenamiento, al ejercicio, y que le convierten en tan diestro atleta. Su ligereza, su libertad nacen de un trabajo asiduo. En el terreno de la vida cotidiana, se requieren el mismo trabajo y la misma preparación. Tirar la toalla, resignarse equivaldría, utilizando una frase de Nietzsche, al sabbat de los sabbats, a la muerte. El hombre sigue

siendo un ser inconcluso para quien todo debe ser conquistado. Una vez asumido el miedo, esta exigencia fascina. En ella reside sin duda una de las más hermosas grandezas del hombre, aunque su precio parezca desmesurado, por excesivamente opresivo.

Ante la gran incógnita del porvenir, se trata de esculpir (como un deportista esculpe su cuerpo) la existencia para asumir la totalidad de mi condición. Las experiencias más desgraciadas, como todos los instantes de júbilo, por otra parte, se convierten, es preciso, en una oportunidad para ser mejor. No se trata aquí de justificar el dolor ni los momentos vacíos que torturan y, a menudo, aíslan. Sugiero solo aprovecharlos para que no prevalezcan. La tarea es dura, el ejercicio peligroso pero vital. ¡Cuántos obstáculos afronta el esgrimista en la práctica de su arte!

Los filósofos de la Antigüedad se designan de buena gana como *progresientes*, como hombres que deben progresar sin cesar. Me gusta esta voluntad lúcida sobre la precariedad de nuestra condición. Para esos hombres sagaces, lo cotidiano resulta un terreno de ejercicio permanente. El momento más insignificante se convierte así en ocasión para fortalecerse. Sin desdeñar el *body building*, griegos y latinos nos invitan, sobre todo, al *soul building*. Ahora bien, las fútiles urgencias del día nos apartan a menudo de este ideal. Y en este punto, ¿no tendrá el débil ventaja? ¿No siente acaso que suspender la lucha es arriesgarse a la caída? ¿Pero cómo reaccionar

ante el sufrimiento? ¡No hay receta, no disponemos de instrucciones de uso! Ese arte que se declina en lo cotidiano casi nunca se encuentra en los libros, y menos aún en los modelos que nos infligen los medios de comunicación. ¿Dónde encontrarlo pues?

Deseo una vez más dirigir la mirada hacia aquellos a quienes Schopenhauer⁴ llama los *sociis malorum*, hacia los compañeros de infortunio, nuestros compañeros de prueba: hacia esa anciana con quien nos cruzamos en una esquina, ese vagabundo que escandaliza a los pasmarotes, ese paralítico, ese «majara» que nos instala ya en la compasión, ese vecino gruñón, todos esos individuos intentan mantenerse en pie, «seguir adelante», encontrar su equilibrio, una dinámica, un estado de ánimo que permita la supervivencia.

Pascal, siguiendo a Aristóteles, piensa que tras cada acto planteado por el hombre se encuentra la búsqueda voluntaria de la felicidad. Presente tanto en el bofetón como en la caricia, alienta a cualquier hombre y constituye el objetivo de todas sus acciones. Incluso aquel que desea colgarse hace un «intento»..., busca un sufrimiento menor. He aquí una invitación al respeto. Quien se daña cree, tal vez honestamente, mejorar su suerte, aunque tome otro camino, condenable a veces, comparte conmigo la misma aspiración, la de la felicidad.

4. Arthur Schopenhauer, *El arte de ser feliz*, Herder, 2000.

A menudo, ese combate alegre, ladrón de tiempo y de energía, parece demasiado arduo, demasiado exigente. Ante tan gran labor, ¿dónde encontrar fuerzas y recursos, en qué basar la voluntad de resistir? La pregunta contiene, ya, un asomo de respuesta. Se trata, en efecto, de la voluntad que se alimenta como una llama. Por una muy curiosa dialéctica, la carencia puede así convertirse en manantial, en un impulso hacia una mayor felicidad. Sabiéndome menesteroso, voy a intentarlo todo para salir de esta. La herida reclama su alegre contrario.

El arte de mantenerse en pie, de mantener el rumbo, supone precisamente un horizonte más feliz hacia el que dirigirse. Lo que mina ese avance no es el sufrimiento, ni el fracaso, sino la desesperación. Dejar de esperar es reconocerse vencido sin ni siquiera haber aceptado el desafío, es hacer vano cada uno de nuestros esfuerzos. La formación de la personalidad exige, como singular punto de partida, un desprendimiento radical: (re)conocerse vulnerable, perfectible, tomar conciencia de que te mueves en tierras inciertas, intentar saber por qué combates... alegremente.

> II. De la unicidad del hombre

Soy un anormal. Bastante se ha dicho. Lo he advertido. Los movimientos de los ojos que pasan revista a cada parcela de mi ser me lo comunican: una mirada se clava en la mía, luego baja, precisamente hasta el lugar donde está la prueba que busca: «Es un discapacitado». Recorrido de los ojos, insistente búsqueda del talón de Aquiles, de la debilidad... Lo que percibe la mayoría de la gente es la extrañeza de los gestos, la lentitud de las palabras, los andares que molestan. Desconocen lo que se oculta detrás. Espasmos, rictus, pérdidas del equilibrio, se atrincheran detrás de un juicio claro y cortante, sin apelación: he aquí un retrasado. Es difícil cambiar esta primera impresión, dolorosa, de verse reducido a eso sin poder explicarse. El diálogo es imposible pues lo que procede de un retrasado es retrasado. Así el círculo se cierra, el contacto se hace imposible.

Un nombre basta para calificar la tara: *atetosis*. ¿Esta palabra griega va a perseguirme toda la

vida? Esta denominación de origen de la invalidez no tiene efecto para mí, pues es en exceso vasta y poco comprensible. Para otros, un diagnóstico demasiado rápido constituye la pérdida de la libertad. La palabra representa una cadena a la que está unida la existencia, la prisión en la que se encierra a un individuo. El término se hace más pesado que la realidad que pretende designar. Cuando mi vecino desaparece bajo la etiqueta de depresivo, cuando el otro ya solo aparece como el diabético, el viudo o el negro, la reducción que actúa en muchas miradas pesa, magulla la personalidad y abre secretas llagas.

Lo peor es que creí, durante mucho tiempo, que esas etiquetas eran ciertas, que la ecuación: discapacitado = infeliz es una ley establecida, demostrada, indiscutible. Incluso el médico me aseguró que yo no podría, por ejemplo, tener acceso a la escuela ordinaria. La etiqueta, científicamente comprobada, no podía despegarse. ¡Cuántos diagnósticos tajantes encierran, reducen y condenan toda esperanza!

Ahora bien, la propia fijeza de la sentencia reduce la riqueza de lo real, del ser humano ante el que deberíamos, al menos, asombrarnos, puesto que no nos atrevemos a maravillarnos. Pues la experiencia cotidiana acaba por arruinar, a veces, deliciosamente, esas verdades establecidas. El paralítico al que todos (pre)decían infeliz sostiene la moral de aquel con quien se codea, mientras que la élite intelectual, destinada a una suntuosa carrera, se sume

en un malestar sin medida. Y sin embargo «lo tiene todo para ser feliz». El enunciado limita con lo inepto. ¿Acaso la felicidad se confecciona como un bollo? Una pizca de salud, dos cucharaditas de...

¿Habría así fracasados?

El ser humano, creo, se inscribe en una complejidad que obliga al asombro. ¿Realmente puede definirse con un «depresivo», «rubio», «de pies planos», «negro», «egoísta»? ¿Realmente estas indicaciones nos ayudan a aprehender el misterio que habita en cada individuo? Yo veo en ello, más bien, un peligro. No se trata evidentemente de prohibirse cualquier juicio, sino de evitar la herida que engendran unas consideraciones demasiado apresuradas, de obligarse al menos a mirar mejor, de otro modo... con desprendimiento.

Detrás de las palabras se oculta un ser, una personalidad rica, única, irreductible que el peso de los prejuicios acaba cubriendo con una capa orgullosamente categórica. Ese barniz excluye una aproximación simple e inocente. La silla de ruedas, el bastón blanco, eso es lo que salta a la vista. ¿Pero quién utiliza, con virtuosismo, la silla de ruedas, quién maneja el bastón? ¿Se ve, se desea verlo? ¿Y por qué esos accesorios van a ser, forzosamente, los signos de la desgracia? Esta es también la razón por la que, puesto que debemos desconfiar de las generalidades y considerar al individuo en su verdad (siempre más densa de lo que aparenta), esos signos exteriores impiden imaginar al ciego... feliz.

La reflexión sobre la normalidad me obsesiona hasta la pasión. Me asegura muchos tormentos, muchas heridas. Al principio, ardía en deseos de ser como los demás. Lo habría dado todo para ser por fin normal. Me precipitaba como el rayo fuera del internado para ver, tocar, sentir, conocer a un «individuo normal».

La tradición ofrece un largo abanico de características para distinguir al hombre de las demás criaturas del mundo. ¡Vasto programa! He aquí algunas, estrafalarias:⁵ Descartes propone la palabra, el fantasioso Rabelais celebra la risa, mientras que Brillat-Sabarin descubre, en la facultad de destilar fruta para hacer licor, el medio de probar que es un hombre. Beaumarchais sugiere que beber sin sed y hacer el amor en cualquier momento nos diferencia de los demás animales. Finalmente, Valéry escribe que quien sabe hacer un nudo pertenece a la raza humana. Por su aspecto desconcertante, esos intentos de definición tienen, simplemente, el mérito de poner de relieve, no sin humor, las dificultades para definir el ser humano. Según el criterio de Valéry, yo no soy un hombre, tal vez el rey de los animales, pero no un hombre. ¿Y qué podría hacer Descartes con un mudo?

Una definición en exceso simplista es, por lo tanto, peligrosa. Determina abusivamente lo que es

5. Extraídas de Léon-Louis Grateloup, *Cours de philosophie*, Hachette, 1990.

normal o no y engendra una marginación, incluso una exclusión. Cualquier reducción que circunscribe al hombre negando la unicidad del individuo confunde el accidente y la substancia. Semejante error esconde formas con frecuencia insidiosas. Un sordo me dijo cierto día que estaba orgulloso de ser sordo. Por mi parte, nunca me he sentido orgulloso de mis espasmos, ni de mi discapacidad. Un solo orgullo me habita: ser un hombre con iguales derechos y deberes, compartir la misma condición, sus sufrimientos, sus alegrías, su exigencia. Este orgullo nos reúne a todos, tanto al sordo como al cojo, al etíope y al que tiene un labio leporino, al judío y al lisiado, al ciego y al trisómico, al musulmán y al sin-techo, a usted y a mí. ¡Somos Hombres!

¿Son todos «casos sociales»?

La expresión asusta. Me he codeado durante mucho tiempo con casos sociales. En cuanto encuentro un espécimen, me pongo en guardia. Ahora bien, una vez conocido el caso, el miedo desaparece. Por lo demás, no puedo sino reconocer que tenemos cierto parecido. Así pues, ¿cómo no decirme: «¡diables!, seré yo mismo un caso?», ¿y ese vecino con sus extrañas maneras, ese profesor que recita versos en voz alta? He aquí unos casos muy divertidos... ¿Y aquel escritor, aquel artista? La lista es larga... ¿Quién subsistirá?

Cada hombre es, a su modo, un caso, una deliciosa excepción. Y una observación fascinada, crítica luego, transforma a menudo al ser anormal en un maestro en humanidad.